

Benzion Netanyahu, profesor emérito de la Universidad de Cornell, es el gran patriarca de la historiografía judía actual. Mucho antes de que sus hijos hiciesen famoso su apellido (Jonathan murió dirigiendo el comando de rescate en Entebbe en julio de 1976; Benjamín ha sido hasta hace poco presidente del gobierno de Israel), Netanyahu viene trabajando sobre judíos y conversos en España a lo largo de una vida intelectualmente muy productiva. Su primer gran objeto historiográfico de atención fue la figura de Isaac Abravanel, el gran dirigente judío exiliado en 1492, al que dedicó un libro publicado en su primera edición en 1953. En esta obra ya planteaba abiertamente su discrepancia con la historiografía judía más ortodoxa (Baer, especialmente) en el sentido de que Netanyahu no creía —ni sigue creyendo— en el supuesto criptojudaismo de los conversos, sino que éstos hacia 1480 eran cristianos con apenas rescoldos de judaísmo residual. La inquisición operaría, desde su punto de vista, sobre una auténtica ficción. A partir de este principio, Netanyahu se dedicó a estudiar la auténtica identidad de los judeoconversos, los «marranos» españoles (a través de un libro publicado en inglés en 1965 con traducción al español en 1994), convencido de que las fuentes inquisitoriales no eran creíbles porque se apoyaban en un prejuicio ideológico, un supuesto intrínsecamente falso: el del presunto problema judío. Para reconstruir la identidad de aquellos conversos Netanyahu se sumergió en las fuentes hebreas de la época, especialmente los *responsa* rabínicos, y estas fuentes demuestran que los tales conversos eran considerados por las autoridades judías como apóstatas, gentiles o renegados, en ningún caso criptojudíos. Netanyahu, en sus críticas a las fuentes inquisitoriales, se sumaba a una corriente historiográfica judía minoritaria que replanteaba su propia peripecia histórica y que hizo cambiar de criterio a algunos de los clásicos historiadores judíos, como Cecil Roth, antes de morir. No se trataba desde el punto de vista de esta «nueva historiografía judía» de llorar las penas de lo que fue el holocausto español, sino de deslegitimar desde el principio todo el discurso represivo, subrayando la paradoja de que no fue la Inquisición la culpable del exterminio judío, sino al revés, la provocadora de que la identidad judía, prácticamente residual, resurgiera de sus cenizas como reacción a la propia represión inquisitorial. Netanyahu rebajaba la cifra de judíos españoles anteriores a 1492 y magnificaba, por el contrario, el número de conversos (unos 600.000) a fines del XV. Pero faltaba el tercer paso: investigar por qué la Inquisición atacó duramente a una comunidad que ya desde 1391 era esencialmente cristiana, analizar para qué se creó la Inquisición si el problema religioso, tantas veces invocado, no existía.

Y éste es el objeto del último libro de Netanhayu. La obra, traducida por Angel Alcalá —un historiador que merecería un homenaje, en nuestro país, de reconocimiento por muchos motivos, entre otros por sus traducciones a Lea y a Netanyahu y Ciriaco Morón —traductor también de la obra anterior de Netanyahu: *Los marranos de España*— llega con cuatro años de retraso respecto a su edición original inglesa.

Respecto a las fuentes, Netanyahu deja ahora los textos rabínicos y apela a los textos de los propios conversos (Díaz, Cartagena, Torquemada y Valera) y de los cristianos viejos (unos proconversos como Barrientos, Montalvo, Guzmán y Oro-

pesa; otros, anticonversos como García de Mora, Marcos García, Espina) así como a todos los cronistas de los siglos medievales (conversos como Valera o Pulgar, cristianos viejos como Palencia). La obra tiene cuatro partes. En la primera se analiza la situación de los judíos hasta el siglo XV, desde los antecedentes antisemíticos del antiguo Egipto. La «era de las conversiones» de 1391 a 1417, marcada por figuras como Ferrán Martínez, Pablo de Santa María o Vicente Ferrer, abre paso a la segunda parte en la que se estudia el reinado de Juan II y la figura de Alvaro de Luna, que merece un juicio muy favorable para Netanyahu. La Sentencia-Estatuto de Toledo de 1449 será la culminación de una nueva estrategia persecutoria de los conversos con la apertura de un gran debate entre proconversos y anticonversos que proseguirá a lo largo del reinado de Enrique IV (libro III), muy influenciado por la personalidad de Espina. La obra se cierra (libro IV) con el núcleo del problema: los factores del establecimiento de la Inquisición.

Netanyahu sitúa los orígenes de la Inquisición en el Toledo de 1449 como un proyecto urdido por los «racistas eclesiásticos dirigidos por el vicario de la diócesis toledana». El proyecto se aparcó momentáneamente, Espina desarrolló una campaña de relanzamiento de la idea, secundado por franciscanos, jerónimos y dominicos, y los Reyes Católicos en 1480, legitimados por la bula de Sixto IV, de dos años antes, nombraron los primeros inquisidores de Sevilla.

Pero, ¿por qué la Inquisición? Para Netanyahu la clave está en el racismo (obsesión por la conspiración y la amenaza de contaminación, acusaciones delirantes) que traslada el odio de los judíos a los conversos, incentivado por el peligroso éxito social de éstos. El racismo tendría un sustrato de factores socioeconómicos (la competencia por el poder en el seno de las oligarquías urbanas emergentes) y político-nacionales (configuración de los conversos como elemento étnico aparte de un momento de formación de la identidad nacional española). Los Reyes Católicos crearían la Inquisición como concesión a los racistas del partido anticonverso. Pero al mismo tiempo tendría un sentido pragmático: no se violaría el sistema legal, permitiría discriminar convenientemente a los conversos auténticos respecto a los herejes y desviaría la agitación de unas masas que podrían haber puesto en peligro la propia monarquía. Así pues, la Inquisición sería el resultado de la conjugación de un fondo ideológico racial con una pirueta estratégico-política de los Reyes Católicos. Las reflexiones finales de Netanyahu —que me parecen escritas mucho más tarde que todo el discurso anterior el libro— parecen incidir más en la argumentación racista que en la estratégica, comparando el racismo español con el nazismo alemán, y fustigando la Inquisición española más que por la crueldad, por los «falsos pretextos» y la hipocresía que alimentaron su «impulso destructivo».

La tesis de Netanyahu ha sido objeto de múltiples debates en diversos congresos sobre Inquisición en los que estuvo él presente como los de Nueva York de 1983 y 1992, bajo la dirección de Alcalá. En vías de publicación de este libro, en Lisboa, en mayo de 1998, polemizaron el propio Alcalá —el gran avalador en nuestro país de Netanyahu— y Escudero. No puedo aquí —y no por falta de ganas— entrar en la polémica. Sólo diré que a las críticas duras lanzadas por

Escudero al libro de Netanyahu añadiría otras: la deliberada ignorancia de la bibliografía española sobre el tema, la concepción integrista del judío o el cristiano sin asumir la realidad de la aplastante mayoría de un nicodeísmo estratégico, demasiado peso otorgado a la intelectualidad racista o no racista, olvido de la especificidad de la Corona de Aragón respecto a Castilla...

A mí no me escandalizan las acusaciones de Netanyahu respecto al racismo español, pero creo que términos como nacionalismo o racismo deben ser utilizados con más propiedad. Por otra parte, la lógica de las intenciones racistas que tanto preocupa a Netanyahu sería desbordada por la lógica de los usos multifuncionales a que la Historia condujo a aquel instrumento inquisitorial fabricado en 1480.

En cualquier caso, estamos ante una obra ciertamente fundamental, con argumentos a reflexionar y discutir en torno a un tema inquietante para nuestra conciencia histórica española: las razones de la creación de la Inquisición moderna. Nada más, pero nada menos.